

## 2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

**Deborah N. Cohn:** *History and Memory in the Two Souths. Recent Southern and Spanish American Fiction.* Nashville/London: Vanderbilt University Press 1999. X, 236 páginas.

**David Viñas:** *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA.* Buenos Aires: Editorial Sudamericana 1998. 357 páginas.

**June E. Hahner (ed.):** *Women through Women's Eyes. Latin American Women in Nineteenth-Century Travel Accounts.* Wilmington: Scholarly Resources (Latin American Silhouettes) 1998. 184 páginas.

No es frecuente que las relaciones culturales entre EE.UU. y América Latina se estudien de manera comparada. El libro de Cohn, que reúne y reelabora una serie de artículos publicados por la autora en diversas revistas especializadas durante los últimos años, toma como punto de partida una analogía de carácter histórico entre el sur de los EE.UU. e Hispanoamérica, considerándolas regiones o espacios vecinos cuyas historias de derrotas, de conflictos políticos, sociales y raciales presentan puntos de comparación. Hay motivos para contradecir semejante analogía, sin embargo la argumentación de Cohn no deja de ser fructífera cuando lee comparativamente sobre el trasfondo de esa analogía textos de la narrativa del sur norteamericano y de la llamada nueva novela latinoamericana. La comparación no es nueva; Cohn remite al trabajo pionero de Irby (1956) sobre la influencia de Faulkner en la nueva narrativa latinoamericana. El modo en que los escritores latinoamericanos, desde Borges, el traductor

de *Las palmeras salvajes*, pasando por Vargas Llosa y Fuentes hasta García Márquez, se refirieron a Faulkner y a las similitudes estructurales de su circunstancia como autor sureño respecto de la propia circunstancia latinoamericana, le sirve a Cohn para justificar su aproximación al tema.

En el capítulo I, “The U.S. South and Spanish America. Neighboring Spaces and the Search for Meaning in Difficult Pasts”, Cohn refiere el estado de los estudios comparados sobre ambas regiones y presenta los períodos literarios a comparar —en el caso del sur de los EE.UU., en particular la literatura del Southern Renaissance con *Absalom, Absalom!* de Faulkner (1936), la narrativa de los años treinta de Katherine Anne Porter, hasta *Invisible Man* de Ralph Ellison (1952), y en el caso de América Latina la nueva narrativa entre 1955, en que se publica *Pedro Páramo*, y los años ochenta, cuando aparecen *La casa de los espíritus* (1982) e *Historia de Mayta* (1984)—. La autora sostiene que al igual que el Southern Renaissance, la ficción del *boom* reexamina el pasado histórico en el marco de una redefinición y reconstrucción de la propia realidad; todos los autores mencionados —sostiene— reescriben versiones de la historia oficial como un modo de reapropiarse del pasado, reconstruyéndolo imaginariamente para proyectar un futuro diferente (p. 37).

El capítulo II, “The Case of the Fabricated Facts. Invented Information and the Problems of Reconstructing the Past in *Absalom, Absalom!* and *The Real Life of Alejandro Mayta*”, se centra en el tema de la búsqueda de la verdad histórica en las novelas de Faulkner y Vargas Llosa. En ambos casos, el cuestionamiento de la historia conduce a la exploración de las his-

torias regionales y sus problemas específicos, y en ambos casos la versión que termina considerándose más aceptable, es una reconstrucción imaginaria. Tanto Sutpen como Mayta tratan de programar el futuro, el uno para mantener, el otro para subvertir un sistema social rígido y jerárquico, pero entre la teoría y la práctica median mundos que impiden que los planes se realicen (pp. 82s.). La reconstrucción del pasado a partir de un marco narrativo encuadrado en el presente remite al problema de la realidad de los hechos históricos, y aunque ambos autores problematizan este aspecto, ninguno de los dos termina identificando la historia con la ficción, sino que consideran que en el pasado están las causas del racismo, el sufrimiento, la injusticia y la violencia presentes (p. 93).

El capítulo III, “To See or Not to See. Invisibility, Clairvoyance, and Re-visions of History in *Invisible Man* and *The House of the Spirits*”, se centra en la perspectiva doblemente marginalizada de grupos en regiones periféricas que han sido, además, despojados debido a su raza, en el caso de la novela de Ellison, o a su sexo, en el caso de la novela de Allende. La consciencia de que las descripciones y prescripciones del centro en lo que hace a la realidad no concuerdan con la propia experiencia, permite a los narradores en ambos casos implementar una perspectiva diferente y corregir la historia oficial, en la medida en que se sitúan al margen de la historia para contar lo que oficialmente no se ve. Cohn observa una analogía de ambas novelas con la autobiografía afroamericana y el testimonio latinoamericano respectivamente, en la medida en que el narrador de Ellison y la narradora de Allende, ambos en primera persona, son solitarios pero al mismo tiempo representativos, y constituyen un nexo entre la vida privada y la acción pública (p. 133).

El capítulo IV, “Paradise Lost and Regained. The Old Order and Memory in the Miranda Stories and *Pedro Páramo*”, se concentra en las modalidades alternativas de preservación del pasado en el momento de transición de una sociedad agraria a nuevos sistemas de relaciones sociales y económicas —en el caso de Porter, la sociedad basada en la economía de plantaciones y su transformación después de la Guerra Civil; y en el caso de Rulfo, el sistema de haciendas y su transformación después de la Revolución Mexicana—. La memoria compartida aparece como un posible vehículo para transmitir la historia del grupo, pero ambos autores divergen en cuanto a la función de la memoria para la configuración del orden nuevo. Para la protagonista de las narraciones de Porter, renunciar a la memoria de su clase es un paso necesario para alcanzar su independencia; en *Pedro Páramo*, la amnesia colectiva provocada por la dislocación del caciquismo y la distorsión de los lazos familiares marcan la disolución de las relaciones comunales y provocan la subordinación de Comala. En ambos casos, el poder de la memoria es efímero (p. 138).

En el último capítulo, “Race and Place in Identity and History”, la autora concluye que todos los textos analizados procuran rearticular voces de disenso que han sido reprimidas y experiencias que han sido marginalizadas; al mismo tiempo revelan los mecanismos que permiten que una historia prevalezca sobre otras, cuestionando el reclamo de una voz única en la que coincidan autoridad y verdad (p. 193).

De las relaciones entre sur y norte americanos se ocupa también David Viñas en *De Sarmiento a Dios*, en cierto modo una continuación a distancia del segundo capítulo, dedicado al viaje a Europa, de su ya clásico libro *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortá-*

zar. En su típico estilo antiacadémico denso de citas sin mayores referencias, Viñas construye un linaje o varios linajes de viajeros argentinos a los EE.UU. Los once capítulos del libro van pautados en buena medida según las etapas de la historia estadounidense desde los tiempos de Lincoln y comienzan, no podía ser de otro modo, con el viaje de Sarmiento, que siempre ha fascinado a Viñas, quizás por lo que tiene de semejante con él... Alberdi en cambio se le aparece postulando “la penumbra del primer intelectual orgánico argentino” (p. 31) en misión diplomática a los EE.UU. enviado por Urquiza. “Los viajeros iniciales de la Argentina manejaban la utopía como un género literario que participaba de las estadísticas y de la confianza” (p. 35), observa Viñas refiriéndose en particular a Alberdi. El capítulo cierra con Juana Manuela Gorriti, la autora de un viaje imaginario a los EE.UU., una “fantasía itinerante” (p. 42), en la que “implícitamente cuestionaba el despotismo típico del narrador del siglo XIX” (p. 48). El capítulo II abarca la época de la Guerra Civil norteamericana, con el viaje de Eduarda Mansilla, “una mujer argentina del siglo XIX escribiendo en los Estados Unidos; algo cismático más que anormal” (p. 58) y el segundo viaje de Sarmiento: “Eduarda ha llegado a decir cosas que Sarmiento había callado, no ya sobre el mercado de prestigios, sino respecto de la privacidad del *home* [...] ha trabajado como el inconsciente de Sarmiento” (p. 86). El cap. III abarca el “Gilded Age” y los viajes de P. Groussac, E. Wilde, M. Cané, V. G. Quesada y E. Zeballos –los viajeros del ‘80– y el referente es siempre Sarmiento: “Si para Sarmiento, la *grandeur* norteamericana aludía a Whitman, a Groussac lo remite a Gargantúa” (p. 109). Wilde es quien “empieza a invertir la fórmula de Sarmiento: al musculoso progreso se lo empieza a tutear como ‘vida

moderna” (p. 113). “Para Cané, en particular, el Niágara representa la naturaleza depredada por el avance de lo que para Sarmiento había sido el eje de la civilización: el progreso” (p. 122). A la época del “Big Stick” se dedica el capítulo IV, con los viajes de M. Ugarte y J. B. Justo (traductor de *El Capital*), con las *Cartas norteamericanas* de Pellegrini al diario *La Nación*, a fines de 1904, o el viaje diplomático de García Mérou, que “representará el pasaje desde la desventura y el criticismo señorial [de los viajeros del ochenta] hacia lo canónico, la apología e, incluso, la progresiva sumisión intelectual” (p. 177). “Wilson en tres fichas” se titula el breve capítulo V, referido a los viajes de A. Capdevila en 1913, Alicia Moreau “médica y feminista” (p. 209) y J. Ingenieros.

El capítulo VI, “Jazz. Hollywood y new deal”, remite a los viajeros de clase media en los años treinta, fascinados con la posibilidad de entrar en el mercado de trabajo de la industria cinematográfica (p. 217). Refiriéndose a *Hollywood al desnudo*, del periodista Chas de Cruz, Viñas observa: “Ser argentino en Hollywood hacia 1930 resulta una ecuación que opera con matices: en primer lugar, y definiéndose por la negativa ‘no es ser mexicano’” (p. 229). Gardel, “como Sarmiento hacia 1850, fue un bárbaro en la corte imperial. O, si se prefiere, la concreción paródica del viejo sueño de Sarmiento; el pionero argentino que, como entendió el mercado, realmente se globalizó” (p. 234). También Victoria Ocampo empieza a viajar a EE.UU. en 1930: “la Ocampo”, en esa denominación casi despectiva, es como Sarmiento otra obsesión de Viñas –una figura recurrente desde este capítulo hasta el final del libro, como si desde este momento, Viñas se dedicara a perseguir a Ocampo, casi despiadadamente, como solo él puede hacerlo.

“Buenos vecinos”, el capítulo VII, empieza con el viaje de Ocampo en 1943, que Viñas lee bajo el signo de una aristocrática ecología, que rechaza por bárbara una ciudad “que ya no saludaba a nuestro paso” (p. 245) y busca refugio junto a Krishnamurti; y el capítulo VIII juega con el doble sentido desde el título: “La ve de la victoria”. Otra vez Ocampo, ahora junto a Waldo Frank, Bioy Casares y Gabriela Mistral, pero también Martínez Estrada en el recorrido que va “del new deal al Che Guevara” (p. 288), entre su *Diario de viaje a los Estados Unidos* (1942) y *El verdadero cuento del Tío Sam* (1963).

“Beatniks”, el capítulo IX, gira en torno a la figura de Alberto Vanasco con *Nueva York, Nueva York*, y construye una “hipotética genealogía del viaje anarquista” (p. 299), que llega hasta las *beatniks* de los años sesenta. Una conclusión lapidaria: “todos o casi todos los escritores argentinos en el exterior, frente a los europeos, y muy especialmente ante los norteamericanos, se disfrazaban de latinoamericanos” en los sesenta: “El latinoamericanismo más o menos agresivo y elocuente con posibilidades de circulación venía así a reemplazar al alicaído tango. Los dos, a fin de cuentas, eran mercaderías compensatorias que lograban ciertas coreografías: una supuestamente montañosa; la otra, el espacio de alguna pista lustrosa” (p. 304).

El capítulo X, “Shopping”, se delecta morosamente en la descripción del último viaje de Ocampo, sus debilidades, sus enfermedades: “si Borges decidió hacerse enterrar en Ginebra, ella llegó a entrever, al cierre de su largo viaje norteamericano, que iba –y hasta quería– morir en Nueva York” (p. 318). La *Guía completa de New York* (1996) de Horacio de Dios –a quien remite el título tan llamativo del libro– marca el final de un circuito que va “del

ímpetu de un proyecto de modernización a este subproducto del posmodernismo” (p. 319), “un indicador secundario pero categórico del englutido de la Argentina en la llamada globalización” (p. 320). En el último capítulo, “Primera persona siempre va en plural”, la distancia se acorta, el autor se vuelve protagonista, viajero a los EE.UU., y el ensayo se desliza a la ficción.

Un libro como una cantera, pero también como una filigrana: escrito para lectores que conocen muy bien la literatura argentina y que reconocen los hilos de la trama, ofrece sin embargo, para quien lo aborde sin ese saber, inesperadas riquezas que permiten seguir pensando los temas propuestos en diversas direcciones.

El libro de Hahner también se ocupa del viaje, no del sur al norte, sino del norte al sur: las viajeras presentadas en esta antología no son solo norteamericanas, como Elizabeth Cabot, Cary Agassiz, Fanny Chambers Gooch, Helen Sanborn, Marguerite Dickins, y en cierto modo también Fanny Calderón de la Barca, sino también británicas (Maria Graham), suecas (Fredrika Bremer), alemanas (Ina von Binzer) y francesas (Flora Tristán y Adèle Toussaint-Samson). A continuación de la breve introducción al libro, Hahner presenta biográficamente a las autoras y esboza los temas a los que se refieren los fragmentos escogidos, que aparecen todos en traducción inglesa y se refieren, como señala el título del libro, a las mujeres latinoamericanas vistas por estas viajeras. Un libro que puede ofrecer acceso al tema para quien lo encara sin conocimientos previos. La bibliografía comentada adjunta es bastante despareja y supera el marco temático de la antología.

Andrea Pagni

**Beatriz Gómez-Pablos: *La cuestión de la alteridad en las crónicas de América. Un estudio comparado.* Bochum: Projekt Verlag 1999. 300 páginas.**

El libro es una tesis de doctorado, defendida, según parece, en la Universidad de Viena. Se trata, hay que afirmarlo desde ahora, de un trabajo serio, pormenorizado, bien documentado, en suma: un libro valedero dentro del sector al que se dedica.

La autora, después de haber explicado en la introducción la finalidad de su trabajo, el estudio de la alteridad, y los criterios seguidos en el examen de las dos crónicas de ámbito peruano a las que dedica su atención —la *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Río de la Plata y Chile*, del dominico español Reginaldo de Lizárraga, y la *Historia del Nuevo Mundo*, del jesuita igualmente español Bernabé Cobo—, dedica un capítulo inicial al desarrollo histórico del género *crónica* y a su definición, que se centra en la intención del autor de aportar una contribución verdadera, como testigo presencial, al conocimiento de los hechos históricos. La estudiosa subraya, por otra parte, que la crónica no es un espejo fiel de los acontecimientos, sino que en la presentación de éstos influye la formación intelectual de quien los relata, su orientación, las fuentes a las que acude, etc.

Beatriz Gómez-Pablos pasa luego al examen de la crónica de Lizárraga. Previa reconstrucción, a través de ella, de los datos referentes a la biografía del autor, establece la fecha de ultimación del trabajo (1605) y el carácter de la crónica, que, en la descripción del territorio, ofrece un sinnúmero de datos acerca de una multiplicidad de materias, tanto que se presenta como una “pequeña enciclopedia de saberes prácticos”. Destaca en Lizárraga el entusiasmo por la tierra peruana; su posi-

ción frente al “otro”, al indio, un ser desconocido, extraño, de cuya historia el cronista no se interesa, prestando atención solamente a sus cualidades y costumbres presentes. En conjunto, la visión del indio es negativa, aunque el religioso adopta una postura crítica con relación a los abusos de los españoles y defiende a los indígenas.

A continuación, y con el mismo esquema, que se repite con el mismo rigor estructural, Gómez-Pablos estudia la biografía y la crónica de Bernabé Cobo. Reconstruidos los datos biográficos, algo más ricos que los de Lizárraga, y la cultura del jesuita, la autora estudia datación, estructura y contenido de la *Historia del Nuevo Mundo*, que, a través de un atento examen de las fechas a las que hace relación Cobo en su crónica, juzga terminada en 1653. El jesuita era, naturalmente, más culto que el dominico. Su relación con las fuentes escritas es amplia, su estilo, compendioso y de carácter didáctico, su intención la de ofrecer un texto ameno, lo que explica la presencia de anécdotas, narraciones, figuras, refranes utilizados con humor, etc. Sin dejar nunca de sentirse español, Bernabé Cobo se muestra enamorado del Perú, cuya excelencia climática y riqueza productiva siempre alaba. Su penetración del mundo indio es facilitada por su conocimiento de a lo menos las dos lenguas principales del país, el quechua y el aymara. De cualquier modo, el jesuita considera generalmente al indio “bárbaro”, porque vive fuera de la comunicación con usos y costumbres comúnmente recibidos de los otros hombres. Según su juicio los indígenas son gente ignorante, idólatra, sucia, a pesar de lo cual, convertidos, presentan capacidad para aprender de los blancos. Por otra parte no se le escapan al cronista los extraordinarios resultados obtenidos por los incas en la arquitectura, la ingeniería, la agricultura, la medi-

cina, en la elaboración de los tejidos, etc. Para el padre Cobo, “bárbaro” es sobre todo el infiel; pierde la característica de “bárbaro” cuando se convierte.

Concluye su examen la autora de este interesante libro comparando estructura y contenido de las dos crónicas. La de Lizárraga es una descripción geográfica del Perú, seguida por una parte histórica, que se ocupa de la sucesión de virreyes, gobernadores y prelados; la de Cobo describe la naturaleza del Nuevo Mundo, se ocupa de las condiciones y costumbres de los indios. El relato del primero “es espontáneo y vivo, repleto de expresiones coloquiales”, la parte histórica presenta cierto apasionamiento y a veces partidismo; el del segundo muestra un estilo “más científico y elaborado”, una exposición “clara y sintética”. En la crónica de Lizárraga aparecen escasos los conocimientos de las lenguas indígenas, y en la crónica del padre Cobo son, al contrario, de una gran riqueza. En cuanto a la cuestión de la “alteridad”, Lizárraga considera al indio desde un criterio territorial y étnico, mientras que Cobo añade el lingüístico. Ambos cronistas manifiestan interés y entusiasmo por la cultura inca, el primero en breves comentarios, el segundo ahondando en profundidad. Ambos autores consideran al indio “bárbaro”: Lizárraga, por su comportamiento amoral, mientras que Cobo no deja de valorar los logros indígenas. Las dos crónicas, además, reflejan, “en diferente medida”, elementos de una aculturación que “es manifestación del mestizaje cultural”.

Un gran mérito de Beatriz Gómez-Pablos es el de haber llamado la atención, a través de su libro, sobre dos crónicas muy poco conocidas y tratadas, y haberlo hecho con un estudio tan exhaustivo. Frente al monumento imperecedero representado por los *Comentarios Reales*, del Inca Garcilaso, a pesar de las recurrentes acusaciones de plagio e infidelidad, las

crónicas estudiadas por la doctora Gómez-Pablos quedan, por cierto, a larga distancia, pero su estudio enriquece y amplía el panorama de la crónica americana en un ámbito, el peruano, que solo en tiempos todavía recientes se ha empezado a conocer más.

*Giuseppe Bellini*

**Carmen Perilli: “ya beis que oy es tiempo al rebés”. *Colonialismo y escrituras en América Latina. Lecciones de literatura latinoamericana*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán/Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos 1999. 203 páginas.**

**Carmen Perilli (ed.): *Las colonias del Nuevo Mundo. Discursos imperiales*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán/Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos 1999. 282 páginas.**

El libro *Colonialismo y escrituras en América Latina* es fruto de las clases de la profesora Perilli en la Universidad Nacional de Tucumán y aspira a ser “un cuaderno de bitácora para los estudiantes de Letras que se inician en los estudios literarios [coloniales]”. Comprende dieciocho capítulos, sin aparente organización externa, aunque se puede encontrar una división temática, en la que una primera parte (los cinco primeros ensayos) abarca cuestiones generales como la de la literariedad, las diversas formas de “cultura”, la “identidad” americana, el “grado cero” de la literatura latinoamericana, la construcción de la ciudad colonial y el relato del conquistador. Los dos siguientes ensayos (6 y 7) giran en torno al descubrimiento

(Colón y Pané), y una tercera parte (8-11) se centra en el espacio mexicano. Seis estudios se ocupan de la región andina, desde el encuentro entre Pizarro y Atahualpa hasta el Lunajero. El último capítulo sitúa el *Lazarillo de ciegos caminantes* dentro del género de los libros de viaje.

Como la propia autora reconoce, se escuchan detrás de cada uno de sus ensayos las voces tutelares de críticos como E. Subirats, B. Pastor, W. Mignolo, A. Cornejo Polar, T. Todorov, y otras voces “menores” (en el sentido de frecuencia). Con respecto al estilo y lo formal, en este libro, desgraciadamente, los errores sobrepasan el límite de lo aceptable. A menudo no concuerdan sujeto y predicado, el adjetivo o el artículo con su sustantivo; partes de las frases se repiten (“alude constantemente alusión a sus dificultades”, p. 67; “El largo perilo mexicana desde Aztlan al centro del Valle, a lo largo de unos dos siglos está desplegado en la tira de la peregrinación desplegada”, p. 72; ...). También la bibliografía habría necesitado una cuidadosa revisión: conviven diferentes formas como “Bs.As.”/“Buenos Aires”, “F.C.E./“Fondo de Cultura Económica”, “1.953”/“1953”; el libro de Mignolo se cita siempre como *The Darker Size of [the] Renaissance...*

El libro *Las colonias del Nuevo Mundo. Discursos imperiales* debe su origen a un coloquio celebrado en la Universidad Nacional de Tucumán en septiembre de 1994, y fue publicado anteriormente bajo el título *Las colonias del Nuevo Mundo. Sociedad y Cultura* (1995). En la actual edición se han incluido nuevos trabajos de V. Cohen Imach, M. J. Benites y una extensa contribución de T. E. Martínez y S. Rotker, que apareció originalmente como prólogo de la edición de la *Historia de Oviedo y Baños* (Ayacucho 1993). La mayoría de los ponentes se ocupa de alguna obra concreta con el propósito de des-

tañar sus características y/o estudiarla sobre la base del análisis moderno de determinado tipo de texto, como el de Diego de Ocaña, enfocado como relato de viaje y como autobiografía. Desfilan de esta forma autores importantes y otros menos conocidos, como Sarmiento de Gamboa, Bernal Díaz, Sigüenza y Góngora (dos ponencias), Espinosa Medrano (dos trabajos de la compiladora, uno repetido en el libro arriba reseñado) y, sobre todo, Carrió de la Vandra. Otras ponencias están dedicadas a temas regionales como la geografía tucumana, la sociedad salteña y la visión de los pueblos chaqueños, o a cuestiones generales como el mestizaje religioso, el arte autóctono...

En fin, siempre son loables los esfuerzos por ampliar el conocimiento del período colonial y por rescatar textos perdidos o poco estudiados.

Rita Gnutzmann

**Manuel Antonio Arango L.: *Contribución al estudio de la obra dramática de Sor Juana Inés de la Cruz*. New York, etc.: Lang (Currents in Comparative Romance Languages and Literatures, 87) 2000. XII, 380 páginas.**

Los años recientes han visto una interesante proliferación de estudios dedicados a Sor Juana Inés de la Cruz, a su vida y a su obra poética; sin embargo, son todavía escasos los que se han ocupado de su teatro. Figura como texto ya histórico el volumen de María E. Pérez, *Lo americano en el teatro de Sor Juana Inés de la Cruz*, aparecido en 1975, al que se han añadido más tarde unos pocos más: en 1995, los ensayos de Margo Glantz reunidos en *Sor Juana Inés de la Cruz: ¿hagiografía o autobiografía?*; en 1996, el libro de Gui-

ltermo Schmidhuber, *Sor Juana dramaturga. Sus comedias de "falda y empeño"*, libros los dos últimos, ausentes en la bibliografía de Arango, como lo son otros de conocidos sorjuanistas que también han tratado el teatro sorjuanino, aunque no en obras específicas dedicados a él. Por otra parte, la cantidad de trabajos acerca de Sor Juana está continuamente aumentando y no es posible conocerlos todos.

El estudio de Manuel Antonio Arango, a primera vista se presenta interesante. Dividido en cuatro partes, se propone estudiar el teatro "sacramental" y el "paganó", o profano, como comúnmente decimos, de la monja mexicana, destacando el barroquismo, las influencias y la originalidad. Afirma el autor que, aunque existen numerosos estudios sobre el teatro de la Nueva España, "ninguno" hay "consagrado al estudio específico" del de Sor Juana. Afirmación un tanto atrevida, como se ve.

Con atención loable el estudioso se dedica a investigar las fuentes, recorre la trayectoria del movimiento barroco, subrayando la peculiaridad americana, precisa la cronología de las representaciones del teatro sorjuanino, y se demora en ilustrar la vida y las persecuciones de Sor Juana, argumento al que no aporta novedades. En la segunda parte, Arango analiza las loas religiosas y profanas, partiendo de los antecedentes hispánicos para llegar a su evolución americana, no solamente en México, sino también en el Perú y otros países de Hispanoamérica. Finalmente, en la tercera parte analiza las loas y el teatro religioso de la monja, haciendo hincapié sobre todo en *El divino Narciso*, obra maestra de Sor Juana en este sector. De interés es la interpretación que el crítico da de la participación directa de Sor Juana en la fábula ovidiana, insistiendo en el contenido psicológico del drama; el "sentido latente" del auto sería "un intento de liberación psicológica" de parte de la

monja: "La esencia del contenido narcisista de Sor Juana —escribe— radica en un sentimiento de culpa. La poesía del auto analiza la personalidad narcisista de la autora a través de los personajes [...]".

La cuarta parte de este estudio es de particular relieve. Las anteriores tienen interés, sobre todo, en cuanto que hacen, en gran parte, como un recuento, en el tiempo, de los juicios emitidos por la crítica acerca de los argumentos tratados, con escaso espacio para la voz crítica del autor, generalmente conforme con las opiniones de los estudiosos sacados a colación: afán de documentación a veces fatal, si bien se explica en un trabajo que debe demostrar un exhaustivo conocimiento erudito. En esta parte final de su libro, Arango examina detenidamente el teatro profano de Sor Juana. Acertado me parece el papel original que el crítico le reconoce, en *Los empeños de una casa*, al gracioso Castaño y a las mujeres, tanto a doña Ana como a Leonor, encontrando en la última "elementos autográficos", o autobiográficos. También de interés es la interpretación del sentido del honor y de la intención crítica de la monja frente a la sociedad cortesana de México, así como del recurso al humor, etc. Igualmente acertada es la interpretación de *Amor es más laberinto*: Arango examina el tema del héroe, el realismo, el humor presente en la comedia, y la métrica.

Decía al comienzo que el estudio de Manuel Antonio Arango a primera vista se presenta interesante, y sustancialmente lo es, ante todo, por ciertas observaciones originales. En cuanto al objeto gráfico, es una pena que un libro tan bien presentado, y hasta encuadernado, adolezca de no pocos errores de imprenta, y esto hasta en la bibliografía. Fenómeno que casi siempre ocurre, pero que no deja de resultar molesto tanto para el lector como para el autor.

Giuseppe Bellini

**Jorge Volpi: *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*. México: Era 1998. 455 páginas.**

Cuando en 1999 el nombre de Jorge Volpi salta a los medios de comunicación en España como ganador del recién resucitado premio Biblioteca Breve, pocos sabían que la trayectoria de este joven escritor ya contaba con casi media docena de libros. Entre éstos, podían contarse novelas como *A pesar del oscuro silencio* (1992), *La paz de los sepulcros* (1995), *El temperamento melancólico* (1996) o *Sanar tu piel amarga* (1997), que culminan con la galardonada *En busca de Klingsor* y el ensayo publicado el año anterior en México sobre una fecha tan emblemática como la de 1968: *La imaginación y el poder*.

La atracción por ese momento histórico que se revela en este estudio no es gratuita. Por un lado, se trata de una fecha de importancia trascendental para la historia más reciente por los hechos que se suceden a nivel internacional (la primavera de Praga, el mayo parisino, Vietnam, la muerte de Martin Luther King...) y, también, desgraciadamente, en México, en su año olímpico, recordado, en cambio, por la matanza de Tlatelolco, ocurrida el 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas. Este último suceso, contextualizado dentro de los acontecimientos históricos mundiales, es, precisamente, el que vertebra el estudio de Volpi. Sin embargo, a pesar de la aparente minuciosidad con la que relata los hechos, casi día a día, este recuento va mucho más allá, puesto que reflexiona sobre un momento de inflexión en las ideologías de la época, un momento de efervescencia y de frustración. Un momento, además, en el que el compromiso político y social de los intelectuales se ve puesto a prueba de la manera más dura y compleja... y por ello mismo pone en cuestión su papel dentro de la sociedad.

Ésta es, probablemente, la función última de su ensayo: debatir la misión del intelectual en la sociedad contemporánea. Por otro lado, esa misma fecha coincide con la del nacimiento del propio escritor, por lo que puede añadirse un interés personal por explicarse a sí mismo sus orígenes, su punto de partida histórico, político y social. En este sentido, un estudio de estas características demuestra una madurez y capacidad de reflexión sobre el pasado inmediato que sitúan al autor más allá de las anecdóticas adscripciones a grupos como el del publicitado 'crack' (al que pertenecerían también colegas suyos como Pedro Ángel Palou, Ignacio Padilla y Eloy Urroz).

A partir de la revisión detallada, exhaustiva, de las publicaciones de la época —especialmente del semanario *¡Siempre!* y su suplemento, *La Cultura en México*—, Volpi hace un seguimiento pormenorizado de los pasos que llevaron a la masacre final en que acabó la revuelta estudiantil mexicana de 1968. Destaca, principalmente, la acusación contra una supuesta "conjura de los intelectuales" como responsable del alzamiento de los estudiantes, argumento enarbolado por la prensa (y el gobierno del priísta Díaz Ordaz) para justificar lo injustificable, la brutal represión. Entre los intelectuales supuestamente implicados, apareció primero el nombre de la escritora Elena Garro, quien, presa del pánico, se apresuró a engrosar la lista de involucrados de un modo absolutamente irracional e indiscriminado, delatando a Luis Villoro, Jesús Silva Herzog, Rosario Castellanos, Leopoldo Zea, Leonora Carrington, Carlos Monsiváis, José Luis Cuevas, entre otros, como instigadores del movimiento estudiantil. Finalmente, la detención del escritor José Revueltas, que permaneció alrededor de tres años en la cárcel de Lecumberri, y la renuncia de Octavio Paz a la embajada de México en la India fueron quizás las consecuencias más inmediatas tras el innecesario derrama-

miento de sangre, del que se desconoce todavía el directo agente provocador. Tampoco pretende este ensayo desvelar misterios, ni canonizar mártires, sino meditar sobre la necesidad de la consolidación democrática en México –y, por extensión, en toda América Latina– y destacar la importancia del papel de la intelectualidad en este proceso para evitar que se repitan hechos semejantes.

Evidentemente, este estudio recuerda y se inspira no solo en el testimonio recogido por Elena Poniatowska en *La noche de Tlatelolco*, a la que cita y homenajea, sino en la mayoría de los textos generados por la tragedia –múltiples visiones, desde *Posdata*, de Octavio Paz, a *Palinuro de México*, de Fernando del Paso– y que Volpi maneja con conocimiento. No obstante, el propio escritor reconoce, al principio de su ensayo, que su fuente directa ha sido la de intentar seguir los pasos de un historiador ficticio, Miguel del Solar, protagonista de la novela *El desfile del amor* (1984), de Sergio Pitlor: una vez más, historia y literatura se confunden en la obra del joven escritor mexicano.

Con posterioridad, Jorge Volpi ha publicado *El juego del apocalipsis* (2000), una novela menor –y no precisamente en el sentido que él mismo le atribuye, siguiendo la estela de Graham Greene–, aunque, al parecer, continúa, a la vez, por la senda del ensayismo y su preocupación por la historia mexicana más inmediata, en su investigación sobre el alzamiento zapatista en Chiapas y en la elaboración de un guión cinematográfico sobre el asesinato del candidato a la presidencia mexicana en 1994, Luis Donald Colosio.

*Dunia Gras*

**Julio Rodríguez-Luis (ed.): *Re-Reading José Martí (1853-1895). One Hundred Years Later*. Albany: State University of**

**New York Press (SUNY series in Latin American and Iberian Thought and Culture) 1999. XXIII, 158 páginas.**

**Onilda A. Jiménez: *La mujer en Martí. En su pensamiento, obra y vida*. Miami: Ediciones Universal (Col. Formación Martiana) 1999. 165 páginas.**

**Octavio R. Costa: *Ser y esencia de Martí*. Miami: Ediciones Universal (Col. Formación Martiana) 2000. 253 páginas.**

**Susana Zanetti (ed.): *Legados de José Martí en la crítica latinoamericana*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación 1999. 206 páginas.**

La obra y la vida del escritor y político cubano José Martí (1853-1895) ha recibido una mantenida atención de los estudiosos durante más de los cien años desde su muerte. La recepción de su obra ha sido también diferente y contextualizada según los “horizontes de expectativas” de las diferentes etapas y generaciones de críticos, así como del público, especialmente en Cuba, donde su figura desborda exaltación y rendimiento.

Resulta revelador de la recepción de la obra martiana en Cuba en los primeros años del siglo xx, el hecho de que el dominicano Pedro Henríquez Ureña, radicado en ese país en 1905, escribiera sobre Martí un pequeño pero iluminado ensayo, “Martí escritor”, para incitar al conocimiento de Martí, “desconocido entonces en Cuba”<sup>1</sup>. Seguramente el dominicano había leído los textos que a fines del siglo

<sup>1</sup> Pedro Henríquez Ureña: Carta a Félix Lizaso, del 8 de febrero de 1927, en el Archivo de Lizaso, Caja 734, n. 1, Archivo Nacional, La Habana.

XIX escribieran, sobre José Martí, Justo Sierra, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera y Amado Nervo, pero debió constatar en la prensa de la recién instaurada República, cómo Martí aparecía en medio de los versos admirativos de la poesía patriótica de ocasión o en los bustos de yeso de los edificios públicos, escamoteándose así, la irradiación y vivacidad de su pensamiento.

En la primera mitad del siglo XX, la recuperación de la obra martiana no solo dependió de la publicación de las *Obras Completas*, sino de la labor de intelectuales como Medardo Vitier, Gonzalo de Quesada, Jorge Mañach, Félix Lizaso, Julio Antonio Mella, Juan Marinello, José Antonio Portuondo, entre muchos otros. Grupos generacionales diferentes organizaron su ideario bajo la tutela del pensamiento martiano, atendiendo a una construcción defensiva de la cultura nacional. Significativamente, en el centenario del nacimiento de José Martí, en 1953, un grupo de jóvenes tomó la dirección de la celebración masiva universitaria, y se constituyó desde allí como la “Generación del Centenario”, asumiendo como herencia cultural el pensamiento martiano, al propio tiempo que legitimaba las acciones que realizaba y realizaría, hasta tomar el poder en Cuba: tanto el asalto al Moncada, como uno de los componentes ideológicos del discurso revolucionario a partir de 1959 para estructurar y constitucionalizar al país.

No cabe duda de que la obra martiana es suficientemente abarcadora en la visualización de la entidad nacional cubana e hispanoamericana como para prestarse a ser periódicamente refuncionalizada y, a la vez, extraordinariamente céntrica y adelantada en las circunstancias de la segunda mitad del siglo XIX, como para fungir como medida y esclarecimiento del Modernismo y sus fundaciones; además

de los valores intrínsecos de su ideario ético, político y estético. Entre otras muchas razones, éstas explican solo en primera instancia el trasiego de opiniones polémicas que atrajo el centenario de la muerte de José Martí en 1995, cuando la celebración de esta fecha fomentó múltiples reuniones académicas, congresos, seminarios, trabajos de renombrados especialistas de las letras hispánicas de todo el mundo y, especialmente, la producción de textos que revelan la tensión entre los cubanos de Cuba y los del exilio. Tensión que se verifica constantemente en los diferentes niveles de las confrontaciones socio-políticas entre los cubanos denominados de la “diáspora” y los residentes en la Isla. En el caso que nos ocupa, como parte de los desacuerdos se encuentra la discusión sobre la veracidad de los juicios de cada parte, de lo que resulta una apuesta a leer ¿redescubriendo a Martí?

Dentro de esas coordenadas se expresan los libros que presenta esta reseña y que tienen la especial intención de hacer una re-lectura de la obra martiana, y aunque en diferentes medidas –según los casos– establecen un pacto de sinceridad para expresarse con otra voz, para decir lo no dicho o escamoteado, para indagar en profundidad, para revelar al Martí verdadero. No escapará a la sagacidad de los lectores avisados que atrapar al hombre de genio en su vuelo es labor casi infinita, y que la dinámica crítica contemporánea ha identificado con mayor claridad cada vez los resortes que mueven a los discursos, su capacidad de acogida según el tiempo de su recepción o la relación entre discurso y poder, margen y centro. Movimientos esclarecedores en los que los enfoques socioliterarios de la crítica contemporánea sitúan las expectativas en medio de profusos relativos contextuales y textuales.

El libro que edita Julio Rodríguez-Luis, *Re-Reading José Martí (1853)-*

1895). *One Hundred Years Later*, recopila las ponencias presentadas en la conferencia sobre José Martí que se celebró, en 1995, en la Universidad de Wisconsin-Milwaukee. El título es alusivo a la celebración del Centenario de Martí, aunque el libro aparezca en 1999. Recoge nueve trabajos, además de la cuidadosa introducción del editor y una cronología muy apretada de los eventos más importantes en la vida del escritor cubano.

Cierra el libro Ivan Schulman, quien en “Textual Intersections: Martí and His Social Texts” lee a Martí desde las impresiones que despertó en los tabaqueros de Key West, proponiendo una relación entre esas impresiones y los discursos, identificando códigos comunes y un diálogo entre el político cubano y su público. Con acierto, este trabajo se coloca en un lugar de excepción, mientras que los restantes han sido agrupados por temas o enfoques concomitantes.

Cathy L. Jrade, en “Martí Confronts Modernity”, y Susana Rotker, en “José Martí and the United States: On the Margins of the Gaze”, analizan desde dos perspectivas diferentes al hombre en su contexto social, sus alternativas y definiciones. Ambas autoras, con libros que fundamentan sus conocimientos del Modernismo y de la obra martiana, atienden esencialmente al lugar de emisión desde donde Martí articula su discurso, tanto relaciones espaciales, como los signos y síntomas de la modernidad. En buena medida ambos trabajos siguen las propuestas de un libro que —lo muestran las citas bibliográficas en este coloquio— se ha convertido en un texto de consulta obligada en estos temas: *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX* (1989), de Julio Ramos.

El propio Julio Ramos, convocado a este evento, presenta “Migratories”, sobre

poemas que considera parte esencial en la genealogía de la fundación de un discurso latinoamericanista: José Martí y Tato Laviera. El espacio como convención que rearticula miradas y concepciones, es problematizado en ambos casos, como el espacio de creación del emigrado. Martí y el *nuyorican* Laviera, uno en el siglo XIX y otro en el XX, son analizados por Ramos con apoyo en una cita de T. W. Adorno, con una filiación al pensamiento filosófico y sociológico alemán, que se ha visto frecuentemente en sus estudios: “For a man who no longer has a homeland, writing becomes a place to live” (p. 53). Análisis también textual es el de Ottmar Ette, “Llevo una herida que me cruza el pecho” (I carry a wound across my chest): The Body in Martí’s Poetry”, un ensayo breve que viaja del texto al contexto para probar en la relación cuerpo-escritura otra de las variables de la obra martiana en su encuentro con la modernización.

Mientras los autores anteriores sitúan sus consideraciones en torno a Martí, primordialmente, en el espacio “otro” de la emigración, los cuatro trabajos que completan esta compilación promueven una discusión en torno a la recepción de la figura y la obra martiana, en el contexto sociocultural, político y literario de la Isla. Testimonial y apasionado, Enrico Mario Santí (“Thinking Through Martí”) hace revelaciones sobre los restos de Martí en el Mausoleo de Santa Ifigenia, en Santiago de Cuba, que a su vez recibió como un secreto de su padre y constructor del mausoleo. Adalberto Ronda Varona, el único especialista con residencia en Cuba, en “On How to Read Martí’s Thought”, presenta en apretada síntesis una especulación general sobre la viabilidad del discurso martiano y su utopía de América Latina, y un análisis de la recepción del pensamiento martiano tanto fuera como dentro de Cuba. Rafael Saumell-Muñoz,

apasionado y personal, en “Castro as Martí’s Reader in Chief”, exhibe su desacuerdo con la lectura que hace el gobierno cubano del pensamiento de Martí: Para fundamentar sus presupuestos, desarrolla una discusión sobre afirmaciones y textos de especialistas de la obra martiana residentes en la Isla, como Juan Marinello, Fernández Retamar, Cintio Vitier y en defensa de Jorge Mañach, como uno de los ejemplos donde singulariza y define sus juicios. Lourdes Martínez-Echazábal, en “Martí y las razas (Martí and Race): A Re-evaluation”, discute el artículo del prominente antropólogo cubano Fernando Ortiz, “Martí y las razas” (1941), para desprender juicios generales acerca de la conceptualización de este tema en la bibliografía cubana de la Isla.

El libro, como podrá constatar el lector, contiene diálogo y controversia, evidente también en la selección bibliográfica de los trabajos y hasta en afirmaciones que se aseguran el patrimonio de las conquistas conceptuales, como la de Cathy L. Jrade, que abre el libro: “A number of more recent studies –including those by Rama, Ramos, Schulman, Zavala, Rivera Meléndez, and myself– have approached modernism from a new perspective. These studies have sought to place the movement in the context of modernity in general, or more specifically, in relationship with the formation of modern nation-states. Its from this angle that Martí as writer and creative artist appears to fit effortlessly into the kaleidoscopic puzzle that is modernism” (pp. 1s.). Diferentes perspectivas en los enfoques teóricos, ideológicos, y temáticos le confieren a este libro un singular interés, pues al huir de las presentaciones exaltadas y santificadoras de la figura de Martí, crea un espacio textual múltiple, con diferentes alternativas, que amplían el espectro de las consideraciones sobre el cubano. Al mismo tiempo, por el

reverso irónico de la misma intención de la re-lectura, enfrentada a la manipulación de la figura y obra del escritor y político cubano, Martí no deja de ser aquí un lugar “utilizado” para dilucidar una polémica cubana, que temporalmente lo trasciende.

Onilda A. Jiménez, con su libro *La mujer en Martí*, quizás tiene igual intención redentorista del pensamiento, obra y vida del escritor cubano, cuando hace un pacto con la sinceridad de los sentimientos, para legitimar su estudio: “En mi caso particular, siempre me interesó Martí, creo que más que a la mayoría de mis compañeros de escuela y amigas de mi edad, muchas de ellas con algún progenitor español. La explicación viene a través de los antepasados y de que en el hogar donde nací y crecí se respiraba cubanismo” (p. 9). Interesante consideración, que acerca las estrategias de este libro a las del género testimonial, en su pacto veredictivo para lograr consenso y credibilidad. Sin embargo, el juicio es ingenuo, aunque sea sincero y defienda con justicia a los abuelos mambises de la autora, en tanto que el origen y la vida de Martí demuestran muy diferente correlación de fuerzas étnicas.

Ordenamiento académico y enfoque preponderantemente genético explican la abundancia de citas de textos martianos probatorios de los análisis de Jiménez: múltiples citas que, por la misma riqueza de la escritura martiana, cualifican este libro y le otorgan valores de biblioteca o archivo para los lectores interesados. Sin embargo, no se problematiza suficientemente el tema que, por otra parte, la autora introduce como una pesquisa asediada por las contradicciones<sup>2</sup>. Discute detenida-

<sup>2</sup> “Durante muchos años los biógrafos martianos sortearon ese escollo con eufemismos [se refiere a la relación de Martí con Carmen Miyares de Mantilla], en parte porque no exis-

mente a dos autores que abordaron este tema “a la luz pública” –José Miguel Oviedo (*La niña de Nueva York*, 1989) y Carlos Ripoll (*La vida íntima y secreta de José Martí*, 1995), y no manejando nueva documentación al respecto, se atiene a una profesión de fe que no escapa de los prejuicios que antes ha sancionado, para considerar “seres perfectos” a los libertadores y concluir: “Parecía muy difícil aceptar que un hombre de la talla moral de Martí [...] pudiese querer y respetar [...] a una adúltera y cometer adulterio él mismo” (p. 58). Aludidos tradicionalmente con cuidado, los amores de Martí se han tratado mucho menos que los de Bolívar con Manuelita y, sin embargo, muy en el fondo de estos cuidados hay una curiosa ambivalencia: por un lado el exagerado respeto al hombre político; por el otro una especial complacencia ¿caribeña? en reconocer la virilidad martiana en los lances femeninos.

Octavio Costa, nacido en Cuba en 1915, ha enseñado literatura en centros de educación superior en los Estados Unidos y ha ejercido, más que su profesión de abogado, la de periodista. Resultado de ambas labores son los trabajos que forman su libro *Ser y esencia de Martí*, una recopilación de textos muy diversos escritos a lo largo de sesenta años. Al dividir los trabajos en ensayos, estudios y artículos, se ordena un discurso crítico que se mantiene en la perspectiva de dar a conocer a Martí y cuyo acento es, en la mayoría de los casos, didáctico. No escapa Costa, como los autores anteriormente comentados, a discutir políticamente desde su perspectiva la obra martiana y su recepción. Así constata que

---

tían pruebas que documentaran un adulterio de ambos, y en parte porque no se acostumbraba ventilar a la luz pública la vida de los grandes hombres y, sobre todo, de los libertadores y forjadores de pueblos, a quienes había que considerar seres perfectos” (p. 58).

“los hispanoamericanos ignoran los mensajes que el cubano dejó para ellos” (p. 198) o aconseja, en un trabajo de 1992, que “uno de los primeros actos de la futura república deberá ser la fundación de Cátedras Martianas a través de toda la Isla” (p. 150), revelando que escribe sin conocer la bibliografía martiana reciente, ni los estudios que publicaron eminentes especialistas fuera de la Isla ni la labor de los estudiosos de la Isla, en las propias Cátedras Martianas de larga vida en Cuba. La parte mejor lograda del libro es la primera, que exhibe una apretada síntesis de la historia cubana y de la vida de Martí, y que muestra la mano entrenada en el periodismo, el dato preciso y la capacidad para estimular la lectura.

Reconocida especialista argentina, Susana Zanetti es también la directora de la Cátedra Libre José Martí en la Universidad Nacional de La Plata, y bajo su dirección se realizó en 1998 en aquella universidad el “Coloquio Internacional José Martí”, cuyas ponencias publica en el volumen *Legados de José Martí en la crítica latinoamericana*.

La mayoría de los trabajos son presentados por estudiosos argentinos, que abordan la prosa y la poesía de José Martí con aportaciones novedosas de análisis textuales, discursivos, genéricos, comparatísticos, fundamentados todos en una sólida base teórica. Entre ellos, “José Martí y la crítica de fin de siglo”, de Enrique Foffani, “José Martí: traducir, transpensar”, de Beatriz Colombi, y “Las lanzas coloradas”, de la misma compiladora, son ejemplos significativos de calidad, obtenida en breve síntesis, lo que evidencia que detrás de ellos hay indagaciones de aún mayor hondura. Cierran el texto tres enfoques diferentes de la relación entre la obra martiana y la de Lezama Lima y *Orígenes*: de Daniela Evangelina Chazarreta “Martí en Lezama: paralelos en la dicotomía naturaleza-poesía”, de Sonia Contardi “Certeza

martiana en el paisaje de Lezama Lima”, y de Mónica Bernabé “Martí en la familia de Orígenes”. El relacionar a Martí con Lezama no es un tema nuevo, sino muy trabajado desde los mismos originistas, como Fina García Marruz y Cintio Vitier; sin embargo, bajo las claves que los acercan o los alejan, estos análisis son reveladores, inquisitivos y muestran nuevas posibilidades de re-lectura. No menos interesantes son los trabajos de la francesa María Poumier, “El sentido martiano de la Historia”, y del venezolano Alberto Rodríguez Carucci, “Memoria y testimonio de José Martí en Venezuela: la Revista Venezolana”. Ambos, con larga trayectoria en el estudio de la obra martiana, presentan elaboraciones críticas que inducen a investigaciones ulteriores al mostrar enfoques novedosos descuidados hasta el presente.

La compilación de Zanetti es una valiosa contribución a los estudios martianos, tanto como a los estudios de la literatura latinoamericana en general, por su inmersión en los contextos literarios y teóricos, así como por su incitación a la indagación y su capacidad de respuesta, manteniendo su unidad en esa especie de febril tensión que caracteriza a todos los libros presentados y que acomete a los estudiosos de José Martí por afecto, admiración, amor y sentido de pertenencia.

*Diony Durán*

**Arcadio Díaz Quiñones: *El arte de bregar. Ensayos.* San Juan de Puerto Rico: Ediciones Callejón 2000. 302 páginas.**

Los doce ensayos de este libro constituyen otros tantos momentos sobresalientes del diálogo continuo que sostiene Arcadio Díaz Quiñones con la sociedad puertorriqueña. Como interlocutor a la vez

distante –vive desde hace años en Princeton, Nueva Jersey, en donde enseña en la prestigiosa universidad de ese nombre– y próximo –su papel en el proceso cultural puertorriqueño ha quedado consignado en libros como *El almuerzo en la hierba*, *La memoria rota* y su ya célebre *Conversación con José Luis González*–, se inserta en una larga tradición de puertorriqueños que, parafraseando el verso de Gautier sobre la isla, parecen “de lejos más claro verla”.

Ese diálogo de Arcadio Díaz Quiñones con Puerto Rico y lo puertorriqueño se lleva a cabo por medio de libros, conferencias, seminarios, congresos o artículos de periódicos o revistas. En todos esos medios, sus palabras conforman un pensamiento presto a encontrarse con el de otros. Sin asociarse a directrices partidistas o institucionales ni a inflexibles dogmas ideológicos, ha ido elaborando un campo de indagación amplio, planteando nuevas perspectivas y expresando con lucidez las circunstancias y problemas existentes. Se trata de un intelectual público, figura necesaria en cualquier sociedad contemporánea dada la carencia de voces que no respondan a consignas políticas o publicitarias.

En un primer ensayo, “De cómo y cuándo bregar”, Díaz Quiñones define el reducido espacio que la condición colonial le permite al quehacer puertorriqueño refiriéndose a las prácticas de transacción y negociación colectivas e individuales que se llevan a cabo en él. Alude a una tradición –personificada en figuras tan disímiles como Palés Matos, Pedreira, Luis Muñoz Marín, Víctor Pellot– de los que han sabido maniobrar en ese espacio limitado y manejar para su ventaja las reglas del juego posibilista.

Cuatro de los ensayos que siguen, dedicados a Albizu Campos, Antonio S. Pedreira, Lorenzo Homar y José Luis González, examinan con más detalle las diversas estrategias que respecto a lo puertorri-

queño asumieron tales personalidades. En “La Pasión, según Albizu” reconoce el afán mesiánico y la pasión redentora del patriota contemporáneo por excelencia a la vez que establece un juego de reflejos y de ecos entre él y Martí, de quien se ocupa más adelante en “Martí: las guerras del alma”. Ambos sublimaron la lucha libertadora para convertirla en cruzada salvífica, expresándose respecto a ella en términos bíblicos que aludían tanto a una gesta personal como a una colectiva. Ambos, además, entraron en un juego de absolutos que, en el caso de Albizu, se oponía a una “brega” más acorde tanto al temperamento puertorriqueño como a la sospecha cada vez más clara de que tal vez no sea “el Estado nacional [...] la única liberación posible, y que no puede estar por encima de los seres humanos que pretende liberar” Sí pretende, por otro lado, Díaz Quiñones, rescatar para el puertorriqueño de hoy la pasión de Albizu, confrontando con ella el entramado de equívocos y engaños que estructura hoy la sociedad puertorriqueña.

Al enfocar –en “Pedreira en la frontera”– la figura de ese pensador que encarnó “acaso por primera vez en Puerto Rico, la figura del intelectual universitario”, Díaz Quiñones recalca su lúcido reconocimiento de la frontera (no la quiebra) que en el tiempo fue el 98 y su no menos lúcida integración de un antes y un después sobre los que intentaría sentar las bases de la nacionalidad puertorriqueña. De esta manera a Pedreira se le ve como iniciador de una “brega” fundamental mediante la cual se disponía a asumir lo norteamericano como parte de la cultura nacional sin que por ello se asimilara. Por otra parte, su práctica continuada de darle visibilidad a lo puertorriqueño en sus estudios, en sus escritos, en su labor periodística, fue configurando y ampliando un campo de acción fortalecedor de lo propio: el campo de la palabra constituyente de un pensa-

miento sobre el país que incorpora tanto el comentario como el debate.

Como el dedicado a Albizu, este ensayo puede –y debe– leerse en relación con el de Martí. El rechazo de lo femenino como elemento debilitador de la hombría –trasunto de nociones romántico-religiosas en que la virilidad exige una pureza y un compromiso excluyentes– encuentra aquí una correlación que posiblemente tenga, en el puertorriqueño, raíces de índole filosófica y sociopolítica –pensamos en la mística del falangismo, tan influyente en aquel momento– pero que coincide en sus efectos con la posición de Martí.

El ensayo que a nuestro juicio es el central del libro, “Imágenes de Lorenzo Homar: entre San Juan y Nueva York”, se refiere a otra frontera que no es temporal –como la que postulaba Pedreira– sino espacial. A través de la experiencia personal y profesional del maestro pintor y grabador y su apertura a dos mundos –dentro/fuera; aquí/allá; lo norteamericano/lo latino; la salida/la llegada– se plantea el tema crucial de la emigración puertorriqueña, al que los puertorriqueños se han dirigido mediante una dualidad marcada: desde una óptica se tiende a borrar lo que ha implicado la emigración en términos de sufrimiento y de trauma; desde otra, se tiende a negar las conexiones, aperturas e inclusiones a las que ha dado lugar. El ensayo, que incluye un perfil biográfico del artista y un examen de sus prácticas profesionales, se expande hacia muchas direcciones: entran en él consideraciones sobre el urbanismo, la música, la literatura y la danza y los vínculos inextricables –y liberadores– de todo ello con el mundo allende nuestras playas. Las “zonas de contacto” así identificadas –y presentes en otros textos como “Gilda Navarra: El modo trágico”– apuntan hacia una manera, muy adecuada a nuestra realidad, de crear, es decir, de bregar.

El libro amplía su alcance hacia consideraciones en torno a la guerra del 98 e introduce de manera especular la realidad cubana. En “Cuba 1994: salida y ¿voz?”, la situación de la mayor de las Antillas –con su emigración masiva, con su escisión entre los de dentro y los de fuera, con su limitación del espacio público para el debate y la disidencia, con el peso de ideologías nacionales absolutas y excluyentes– podría resultar el revés de situaciones análogas que se dan en Puerto Rico por razones de diferente índole. La dicotomía que domina la manera en que se considera a las dos islas –una heroica, otra sumisa; una independiente, la otra colonizada– se despeja ante este examen que revela situaciones, prácticas y, sobre todo, necesidades afines en la manera de asumir e integrar sectores humanos y posiciones culturales.

Una práctica alterna de pensamiento se reafirma a lo largo de los ensayos de este libro: alejándose de estructuras binarias, de perspectivas monolíticas, de confrontaciones frontales y de asimilaciones totales, aquí se instituye más bien un diálogo interno en el que se brega con lo que hay, y se brega bien. Arcadio Díaz Quiñones toma la palabra y también la cede; habla y escucha; propone y calla. Sea cual fuere la reacción suscitada por sus posiciones, este diálogo provocador debe, de todas maneras, continuar.

*Carmen Dolores Hernández*

**Karl Kohut (ed.): *Literatura venezolana hoy. Historia nacional y presente urbano*. Frankfurt/M./Madrid: Vervuert/Iberoamericana (americana eystetten-sia A, 20) 1999. 432 páginas.**

En 1996, la Universidad Católica de Eichstätt organizó un simposio titulado

*Literatura venezolana hoy*, donde fueron invitados unos veinte escritores y críticos de Venezuela. El resultado de esas jornadas ha sido recogido en libro por el organizador del simposio, Karl Kohut, quien además de ser el motor organizativo de la idea, colabora con un acertado artículo introductorio que sirve de puerta y abre el tema para los lectores no venezolanos. El libro se divide en seis capítulos: “Literatura y realidad nacional”, “Historiografía oficial y ficción subversiva”, “Voces de reflexión”, “La narrativa entre realismo y experimento”, “Los caminos de la poesía”, “Una presencia viva: el teatro”, y concluye con un epílogo que aborda la literatura venezolana vista desde Argentina. Es mi deber mencionar a cada uno de los participantes. Entre los escritores y críticos venezolanos se encuentran Salvador Garmendia, Luis Britto García, Ana Teresa Torres, Antonio López Ortega, Rafael Castillo Zapata, Alexis Márquez Rodríguez, Carlos Pacheco, Beatriz González Stephan, Milagros Mata Gil, José Balza, Luis Barrera Linares, Laura Antillano, Javier Lasarte, Rafael Arráiz Lucca, Luis Chesney, Eugenio Montejo, Yolanda Pantin, Verónica Jaffé y Gustavo Guerrero; entre los colaboradores extranjeros están Vitoria Borsò, François Delprat, Rafael Gutiérrez Girardot, Hans-Joachim König, David Lagmanovich, Klaus Pörtl y Sonja M. Steckbauer.

Hablar de la literatura venezolana implica, en primer lugar, preguntarnos si hay o no una literatura venezolana, si más allá de los numerosos libros publicados y la alta calidad de muchos de ellos, podemos hablar de una literatura con características propias y rasgos de identidad. Es decir, hasta qué punto la literatura escrita en Venezuela y por venezolanos apunta (o ha apuntado) a la construcción de una identidad nacional, o mejor aún, a la discusión y problematización de lo que es ser venezolano hoy en día. Está de más decir

que no se trata de una construcción patriótera –de ese tipo de construcciones se ha abusado en Venezuela hasta el exceso– ni una loa al gentilicio ni nada que se le parezca. Se trata de ver si la literatura ha cumplido o está cumpliendo con la necesidad de concebir un espejo, o mejor, una ventana donde los venezolanos no solo se reconozcan sino también se imaginen. Este rasgo de inconformismo, incertidumbre y exigencia acerca del papel de la literatura venezolana se percibe en casi todos los autores que participan en este libro. No es casual entonces que lo que más llama la atención a Karl Kohut en su artículo introductorio sea precisamente esta autocrítica severísima que pendula, de acuerdo a los autores, entre una esperanza cautelosa y un verdadero “harakiri”. Si Rómulo Gallegos levantó las bases de una memoria imaginaria donde la Venezuela rural de aquella época podía identificarse y sobre todo inventarse, ¿cuál es hoy en día el autor o el libro que contribuye o ha contribuido a retratar e imaginar la Venezuela actual? Sin duda muchos. La lista sería extensa: Salvador Garmendia (muerto recientemente), Adriano González León, Denzil Romero, José Balza, Luis Britto García, por mencionar cinco narradores; Vicente Gerbasi, Juan Sánchez Peláez, Rafael Cadenas, Eugenio Montejo, por mencionar cuatro poetas; y Román Chalbaud y José Ignacio Cabrujas, por mencionar dos dramaturgos. La pregunta es inevitable: si existen autores y obras que dan por descontado la presencia de una literatura venezolana, entonces, por qué dejarse perseguir por el fantasma de la falta de identidad y la ausencia de rasgos inequívocos. El asunto es más complejo.

Toda América Latina ha sido perseguida por este fantasma identitario. Con el tiempo hemos podido ir reconociendo, a través de la literatura y de otras artes, lo que corresponde a cierta “argentinidad”,

“cubanidad”, “mexicanidad”, etc. Donde Europa quiso ver un “todo latinoamericano”, una unidad de valores y prácticas casi homogéneos, ahora se impone, dentro de esa unidad, la multiplicidad; dentro de lo indiferenciable, la diferencia. Si esto es así, cada país hispanohablante del subcontinente tendría rasgos que le son propios y elementos reconocibles. ¿Habría que hablar entonces de un carácter nicaragüense, o de una hondureñidad, o de una colombianidad? ¿Existe acaso una venezolanidad? Está claro que el terreno de los adjetivos descriptivos es siempre resbaladizo, torpe, inexacto. En los tiempos que corren, donde parece imponerse una cosmopolitización galopante y una aparente internacionalización de todo y para todos, ¿qué lugar ocupan estas preocupaciones nacionales? Sin duda un lugar importante. Y no porque esto sirva para la construcción de venezolanismos o venezolanidades sino porque, en la medida en que se problematice la condición de pertenencia a una nación, en este sentido se abrirán las puertas para numerosos interrogantes y cuestionamientos. De manera que el asunto no es solo construir una identidad –palabra que de tanto ser usada parece que ha perdido sentido– sino ofrecer afinidades y sintonías imaginarias que permitan una estructuración de la nación donde se vive y una visión no tan fragmentada y vaga de sus mecanismos de operación. Los escritores venezolanos que participan en este libro, a fuerza de una autoexigencia casi conmovedora, dan los pasos necesarios quizás sin saber que con ello ya están construyendo el camino.

No olvidemos que la historia de Venezuela es la de una Capitanía General del Reino de España, cuyos indígenas no constituyeron nunca una civilización como la de los Mayas, Incas o Aztecas: no establecieron sociedades segregacionistas, ni estados poderosos, ni crueles imperios. La imprenta

llegó en 1808 y pocos años después se inician las guerras emancipadoras, de donde nace el gran sueño panamericano de Bolívar que aún hoy sigue siendo motivo de encendidas discusiones. El resto del siglo XIX fue el de las guerras federales, batallas y pseudo-revoluciones signadas por la sustitución sucesiva de los gobernantes. El siglo XX inicia con el reventón del primer pozo petrolero (1914) y la imposición por más de treinta años de uno de los tiranos más crueles de América: Juan Vicente Gómez. A partir de la muerte de Gómez se abre un período democrático que se interrumpirá con la llegada de otro dictador: Marcos Pérez Jiménez, cuya muerte en 1958 abre definitivamente las puertas a una gran cantidad de grupos y manifestaciones literarias y artísticas que ocuparon rápida y a veces agresivamente la escena pública bajo los fervores y la resonancia de la revolución cubana y las lecturas de Sartre. A partir de aquí —y esto lo observa Luis Britto García con agudeza— ocurre la caída de los tres proyectos modernizadores de la nación venezolana: “el revolucionario marxista de la izquierda, el populista de colaboración de clases y el neoliberal promovido por el gobierno de acuerdo a las instrucciones del Fondo Monetario Internacional” (p. 37). La caída de estos proyectos deja al ciudadano venezolano de hoy sin asideros ni respuestas, quizás incluso sin preguntas. La literatura da cuenta de estas etapas (ocurridas en menos de cuarenta años). A la etapa de la lucha armada revolucionaria corresponde una llamada literatura de la violencia, donde destacan Argenis Rodríguez, Adriano González León, y gran parte del grupo de *El techo de la ballena*; a la etapa populista (que coincide con la legendaria bonanza petrolera) corresponde una literatura experimental, aparentemente incommunicativa y replegada hacia sus propios logros, pero también nace la nueva novela histórica venezolana capitaneada por Denzil Rome-

ro; y por último, a la etapa neoliberal corresponde una crispación, una pérdida de toda brújula que dará como resultado el signo de la heterogeneidad y también la consolidación de uno de los fenómenos literarios más interesantes de la Venezuela contemporánea: la literatura escrita por mujeres.

Los trabajos que aparecen en *Literatura venezolana hoy. Historia nacional y presente urbano* hablan de estos temas desde perspectivas diferentes: narrativa, poesía, teatro. También se incluyen, en el capítulo “Voces de reflexión”, los ensayos destinados al pensamiento de la escritura propia y la confesión de los mecanismos empleados —a Denzil Romero, Ednodio Quintero, Estefanía Mosca y Cristina Policastro les corresponde este aparte—. No cabe duda de que estamos en presencia de una herramienta inmensamente útil para la comprensión de la realidad venezolana y su literatura. Si la cultura de un pueblo es lo que éste hace, reflexiona e imagina, este libro nos ayudará a seguir la pista más de cerca al universo literario venezolano, doblemente interesante por la alta calidad de un buen número de sus obras y por la actitud invariablemente autocrítica, exigente y nada complaciente que revelan muchos de sus escritores. Esto, en una época en que las leyes del *best seller*, el “todo vale” y la ramplonería estética parecen imponerse, es algo a tomar en cuenta y reconocer.

Gustavo Valle

**Isabelle Tauzin Castellanos: *Las “Tradiciones Peruanas” de Ricardo Palma. Claves de una coherencia.* Lima: Universidad Ricardo Palma 1999. 234 páginas.**

“Este trabajo procura llenar los vacíos a los que nos hemos enfrentado al consul-

tar la bibliografía palmista más reciente” (p. 13), dice la autora al principio de su libro. “Llenar los vacíos” es una buena consigna de toda crítica digna de ese nombre. Sin embargo, parece que no siempre es fácil –ni en el campo de la naturaleza ni en el de la cultura– determinar con seguridad qué está lleno y qué vacío. En cuanto a la crítica palmista, el vacío al que se refiere la autora consiste en la preponderancia del interés biográfico. Por eso, mientras “los críticos” hasta ahora “han optado por estudiar la figura de Ricardo Palma en desmedro de la obra”, Isabelle Tauzin Castellanos se propone “volver a los textos, a las *Tradiciones Peruanas*” (ibíd.). Noble propósito que se realiza por cuatro caminos diferentes. El primero es histórico: se estudia la génesis de las *Tradiciones* según pautas preponderantemente histórico-biográficas. El segundo es sistemático: a fin de determinar la “estructura” de la *tradicción*, se analizan tres rasgos característicos del nuevo género, a saber, su estructura narrativa –en especial la función del narrador–, el famoso “párrafo histórico” y por último la función otorgada en las *Tradiciones* a “lo fantástico”. El tercer camino es temático: se estudia “la representación de la independencia”, tema clave en un autor que debe toda su reputación a su predilección por la Colonia, pero que al mismo tiempo siempre se ha mantenido fiel –si se sigue el famoso juicio de Mariátegui– “a la ideología liberal de la independencia”<sup>1</sup>. El cuarto es contextual: se estudia la vasta escuela de seguidores que ha encontrado Palma en muchos países latinoamericanos.

El libro se presenta, pues, como un esfuerzo de hacer una síntesis de la obra

de Palma; síntesis, sin embargo, que en el fondo sigue el viejo esquema positivista *l'homme et l'œuvre*. En efecto, en vez de un resumen detallado del estado actual de la crítica palmista –que el lector está esperando después de la breve polémica contra la pretendida preponderancia del interés biográfico que inicia el libro–, la propia autora no hace sino presentar en la extensa “primera parte” vida y obra de Palma según el consabido orden cronológico, a saber, biográfico. Parece ser el orden *natural* de las cosas, o sea, la “historia de las series de *Tradiciones*”. Sigue la “segunda parte” del libro, que se dedica –explícita y exclusivamente– a la *obra*, escogiéndose esta vez un título algo pretencioso, a saber, “Las señas de identidad de las *Tradiciones*”. ¿Cuáles son éstas? Ya lo hemos dicho antes: en primer lugar, el manejo especial del narrador (cap. I), el “párrafo histórico” (cap. II) y la temática de “lo fantástico” (cap. III). Ahora bien, lo que se reconstruye en estos tres capítulos vendría siendo algo así como la identidad de un nuevo género literario. Se trata, sin lugar a dudas, de los capítulos más importantes del libro, donde la autora consigue elaborar efectivamente, aunque en un terreno más bien limitado, las “claves de una coherencia” a las cuales se refiere el subtítulo del libro. Al llegar a los capítulos siguientes –cap. IV: “La representación de la independencia”; cap. V: “La escuela de la *Tradicción*”–, el lector no deja de constatar, sin embargo, que se está enfrentando a un nuevo tipo de “identidad”: en el primer caso, a la identidad del pretendido conservadurismo de Palma, paradigmáticamente debatido en el ya clásico artículo de Mariátegui; en el segundo, una vez más a la problemática genérica de la *Tradicción*, que se presenta, en efecto, en tanto que fenómeno de recepción.

Volvamos ahora a los “vacíos” que el libro pretende llenar. En primer lugar, lo

<sup>1</sup> José Carlos Mariátegui: “Ricardo Palma, Lima y la Colonia”. En: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta <sup>13</sup>1968, p. 197.

que nos parece importante es el hecho de que, si hay “vacíos” en la crítica palmista, éstos ya no son debidos a un exceso de interés biográfico. Así, las conclusiones que se imponen a raíz de la lectura de otra obra de síntesis –la edición Archivos de las *Tradiciones*, coordinada por Julio Ortega (mencionada en la primera nota del presente libro)– son de índole muy diferente. No son tanto “vacíos” cuanto expectativas o delineamientos de una crítica palmista del futuro que se esbozan en los trabajos reunidos por Ortega. De estas expectativas, hay que mencionar por lo menos tres.

Primero: lo que hace falta siempre es una edición crítica de las *Tradiciones*, comportando las variantes más importantes desde el punto de vista genético. Segundo: se impone con urgencia una nueva apreciación de los procedimientos estéticos de las *Tradiciones*, a fin de determinar con mayor precisión tanto la semejanza como la diferencia de la escritura palmista frente a los procedimientos y las metas de la historiografía profesional. Tercero: es cierto que el nuevo interés por los asuntos de la “cultura” manifiesto en las Ciencias Sociales desde hace tiempo, no deja de arrojar también una nueva luz sobre la importancia, si no la actualidad, de las *Tradiciones*<sup>2</sup>. Veamos brevemente cómo se coloca el presente estudio frente a estas exigencias.

En lo que se refiere –primero– a una edición crítica de las *Tradiciones*, no cabe duda de que Isabelle Tauzin Castellanos sería la persona adecuada para la realización de tal proyecto. Es, sobre todo, en la

primera parte de su libro (“Historia de las series de *Tradiciones*”) donde da muestras de su conocimiento soberano del texto de las *Tradiciones*.

En cuanto al segundo punto, es evidente el gran interés estético que despiertan los análisis presentados en la segunda parte de libro. Así, la descripción de la figura polifacética del narrador constituye una de las más logradas del estudio: “Malabarista o camaleón, el narrador palmista pretende a la vez ser cuentista e historiador, transcriptor y testigo. Proteico, lo sabe todo en algunos casos y en otros sabe muy poco. [...] Liberándose el escritor del dialogismo inherente a la escritura dramática, evidente en las primeras tradiciones, ha pasado por la práctica del punto de vista omnisciente, recurso típico del narrador realista, y ha conseguido los mayores logros con la oralización del relato, es decir conciliando mimesis y diégesis. Pese al siglo transcurrido, dicho narrador polifacético deslumbra todavía al lector que, aunque tratado como amigo y cómplice, a menudo es incapaz de distinguir la verdad de la mentira” (p. 113).

Con todo, si la descripción es pertinente, la autora se abstiene en última instancia de sacar las conclusiones impuestas por sus propias observaciones, es decir, la puesta en relación sistemática de escritura estética e historiográfica. ¿Cuál es la función de un narrador, que, al confundir intencionalmente “verdad” y “mentira”, pretende ser al mismo tiempo “historiador”? Así pues, la balanza entre verdad historiográfica y mentira literaria que en el capítulo I parece estar en equilibrio, en el capítulo IV, dedicado a “La representación de la independencia”, decididamente se inclina hacia la primera: en efecto, la autora vuelve a los tópicos de este realismo historicista a medio camino entre el psicologismo y el biografismo tan característicos de la crítica palmista tradicional:

<sup>2</sup> Véase al respecto Julio Ortega: “Las *Tradiciones peruanas* y el proceso cultural del XIX hispanoamericano”. En: Ricardo Palma: *Tradiciones peruanas*. Edición crítica. Julio Ortega, coord. Madrid: Colección Archivos 1993, pp. 409-438.

“Al fin y al cabo es una minoración de la Historia la que operan las tradiciones para el período de la Independencia así como era el caso para el Virreinato. La poca diferencia de trato puede interpretarse como el fruto de un desengaño palmista, muy diferente de la ilusión romántica en la lectura de los mismos sucesos, allá por los años cincuenta” (p. 197).

También nuestro tercer punto, la interpretación de las *Tradiciones* desde la perspectiva explícita de las Ciencias de la Cultura, está presente en la argumentación, si bien, eso sí, el concepto se echa de menos en el libro. Veamos, a este respecto, el capítulo III de la segunda parte, dedicado a “lo fantástico”. Son cosas altamente heterogéneas que se mezclan en el capítulo. La temática va de E.T.A. Hoffmann y E.A. Poe, de los “orígenes y trayectoria de la literatura fantástica en el Río de la Plata” [!] (p. 141), del estudio clásico de Todorov concerniente a lo fantástico (nota 391), pasando por “la imaginación popular” (pp. 143ss.), “las almas en pena” (pp. 147ss.), “la herencia de las crónicas religiosas” (pp. 154ss.), hasta temas como “lo maravilloso cristiano” (pp. 158ss.) y “el diablo y lo diabólico” (pp. 160ss.). Ahora bien, no cabe duda de que la distinción entre lo fantástico –fenómeno propio del mundo moderno regido por las leyes de la razón– y lo maravilloso –fenómeno propio del mundo pre-moderno, en especial de la era cristiana propiamente dicha, o sea, del medioevo–, desde los estudios histórico-antropológicos de Roger Caillois, pertenece al abecedario de las Ciencias de la Cultura. A la autora, por su parte, no le preocupa la distinción. Lo mismo podría decirse de Ricardo Palma. Veamos, por ejemplo, la temática de las “almas en pena”: si bien es cierto que proviene de “la imaginación popular” y que, además, pertenece al área de lo maravilloso (cristiano), la conciencia masónica del autor

de las *Tradiciones* se toma el derecho de *no creer* en ellas. Por eso, lo que a nivel de enunciado debería clasificarse como “maravilloso”, a nivel de enunciación –que es el de la escritura de las *Tradiciones*– se transforma, irremediablemente, en “fantástico”. Por consiguiente, el paso de lo “maravilloso cristiano” al discurso “fantástico” propio de las *Tradiciones* no es sino otro nombre para designar una perspectiva equivalente a aquella que llamamos “Ciencia de la Cultura”. Con acierto, pues, comenta la autora: “Las tradiciones maravillosas de Palma no tienden en absoluto a desempeñar un papel proselitista; se trata de recuperar tanto el pasado histórico como el pasado mítico para asentar la identidad cultural nacional” (pp. 159ss.).

Para terminar: se diría que el estudio de Isabelle Tazuin es parecido a la *Tradicción*. Como ésta, tiene dos caras: una, vuelta al pasado; otra, vuelta al futuro. Amplio retrato del más grande escritor peruano del siglo XIX, el estudio decididamente se pone al servicio de la *historia* (de la literatura). Por otra parte, leerlo al revés –lo que en parte hemos intentado–, permite descubrir también los rasgos de un autor de *nuestro* tiempo. El retrato explícito de *este* Ricardo Palma, sin embargo, todavía está por hacerse.

Walter Bruno Berg

**Horacio González: *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Colihue 1999. 435 páginas.**

¿Cómo desacordar con un texto excepcional? Empresa polémica que a los académicos de oficio nos enfrenta con un problema singular, y es ahí, justamente, don-

de ese texto nos desafía: ¿cómo convocar a nuestros lenguajes la pasión? Digámoslo, entonces, sin vacilaciones: *Restos pampeanos* nos parece el reto mayor en la crítica cultural argentina desde *El género gauchesco* (1988), ese “Tratado sobre la patria” de Josefina Ludmer reeditado el año pasado, como para entablar con el libro de Horacio González, una disputa (“payada” dirían, quizás, los autores). Porque el objeto de ambos, aunque de manera muy diversa, son las convocatorias que la escritura de los últimos dos siglos estrechó hacia un sujeto popular, para definir de ese modo el cuerpo de la patria: Pero donde el libro de Ludmer estudiaba las incrustaciones de la “voz (del) gaucho” en la tradición literaria argentina, con vocación de una teoría, ya no solo del “populismo” sino de la nación como performance escritural, el de González destituye desde el título el género nacional por los universales de “ciencia, ensayo y política”, ya que su preocupación no es con los géneros sino con *el mito*, y más concretamente con el aludido por Gramsci en su célebre frase de aquella “fantasía concreta que opera sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva”. Es ésta, según González, la expresión que ha buscado la ensayística argentina del último siglo, hoy convertida en un “resto” por un estilo académico “desencantado” que ha desistido de tomar parte en las luchas sociales. Leemos en las páginas finales: “[...] nos parece que toda la discusión de este siglo que ya concluye, puede pensarse como un debate en torno del mito: sus potencialidades, sus capacidades diferentes de impulsar una actividad social, de llevar a una desvelación o, en caso contrario, a una recaída en la fabulación yerma, despótica y exterminadora de lo humano. [...] Es porque el mito encierra esa posibilidad civilizatoria, que las fuerzas antihumanas quieren anexarlo para

su procedimiento pues invocan lo que quizás también tenga, pero como calidad inferior y destartalada: la de cerrar la experiencia vivida con una sustracción de la raíz humana de la acción, anulada con ensueños espeluznantes y pensado desde la sangre”.

Pues bien, se trata –y eso vuelve tan problemático ese “quizás también”– del mito de la nación, pensada no como “invención” o como dispositivo discursivo de un poder estatal (trivialización, escribe González, que al conceder “demasiado terreno a la capacidad cohesionadora de las clases gobernantes” estaría “superponiendo indebidamente la idea de opresión a la de culturas populares”), sino como yacimiento de “tejidos flotantes de teorías desacreditadas” que, “releídos de otro modo”, volverían a dar “paso a una novedosa figura de la nación libertaria”. Revaloración, entonces, de una *ontología nacional* observada en un linaje ensayístico que va del Ramos Mejía de *Las multitudes argentinas* a David Viñas y León Rozitchner, pasando por plumas tan disímiles como las de Lugones, Martínez Estrada, Scalabrini Ortiz y Hernández Arregui, entreligadas de modo sutil por la presencia de dos poderosas sombras: las de Perón y de Florentino Ameghino. Porque, en lugar de una historia de las ideas regida por la recepción, González propone una *filogenia intelectual*; figura biológica de serialidad que el positivismo médico de entresiglos recibió del naturalismo anterior y que remite a la noción de un origen “paleontológico” de las palabras. Es así, también, como ese ensayismo de fuertes inclinaciones alegóricas concibe su propia contigüidad con el espacio (“la pampa”), encarnando y desdoblado lo que es a su vez objeto de reflexión. “Transfiguración”, como lo llama Martínez Estrada, o “palin-genesia”, en versión de Carlos Astrada, se trataría de una larga serie de tentativas de

“arrancarle a la derecha el concepto de destino” (cita ésta de Oscar Masotta a la que González se suscribe: así en *Restos pampeanos* los conceptos suelen “pasar”, por una *textogénesis* más que por elecciones conscientes, de un autor a otro).

¿Es lícita esa operación? Quiero decir: ¿es posible “salvar” los “hallazgos” de escrituras racistas, homófobas, elitistas como la de José Ingenieros, e inscribirlos en un continuo paradójicamente más “orgánico” que el de su origen, sin arriesgarse a contraer sus inclinaciones? En otras palabras: ¿no consistiría el “mortal efecto Foucault” que deplora González justamente en la pregunta por cómo “lo salvable” apareció históricamente enhebrado en “lo insalvable”?

Pregunta ésta que se vuelve más aguda cuando González hace desfilar las contiendas entre léxicos marxistas y nacionalistas en la izquierda nacional de los 60 y 70. Lo hace convocando, además de la figura serial de la *filogenia*, otro concepto, ahora agonal, de origen médico —el *quiasmo*—, para visitar ese encuentro anhelado por un Hernández Arregui entre “nacionalistas que pudiesen absorber la cultura social antiimperialista, y partidos sociales laboristas u obreros que pudiesen absorber la nación”. Más que de ese amalgamamiento *entre las dos críticas al orden liberal burgués*, sin embargo, la lectura en *quiasmo* nos deja con una visión agonal de desacoples insuturables, como cuando, para González, la célebre frase de John William Cooke (*en la Argentina, los comunistas somos nosotros, los peronistas*) señala una escisión entre cuerpos y palabras: “Los nombres estaban desplazados y la objetividad en la historia tenía el nombre de la subjetividad en la historia. La revolución no llevaba su propio nombre y el nombre no tenía un cuerpo a su altura”. Asume entonces este debate un tono militar, clausewitziano, de retiradas y

descargas tácticas de conceptos y nombres, que era por supuesto el del propio Perón, conductor-profesor de un arte comunicacional donde se trataba, precisamente, de “arrancar” (y también de “infiltrar”) las palabras enemigas.

González nos propone asumir estas ruinas de lenguajes políticos pretéritos como los únicos capaces de enfrentar críticamente a las “tecnologías del conocimiento” promovidas por un término como el de “globalización”: llamado a la *recuperación* de una escritura, pues, ya que “desapareciendo ese texto argentino, son [millares de hombres] los que desaparecen, quedan como ignotos cadáveres solitarios cuyos actos parecerán ciegos de sentido”. Pero es también una llamada —y ahí nos es imposible coincidir— a reasumir *la nación* como cifra de nuestros deseos políticos; llamada un tanto más cuestionable por ni siquiera considerar las advertencias sobre la problemática articulación entre intelectuales y colectivos que estaría aquí presupuesta como una suerte de vínculo providencial. La nación —nos parece— más que nunca es hoy una narrativa que garantiza la permeabilidad de un espacio para la circulación (interna y externa) de bienes y capitales y la impermeabilidad para la circulación de sujetos otros; postularla como una figura posible de *libertad* arriesga pues enmarañarse meramente en una lucha por asumir la tutela sobre estos últimos.

Jens Andermann

**Mónica Bueno: *Macedonio Fernández, un escritor de Fin de Siglo. Genealogía de un vanguardista*. Buenos Aires: Corregidor 2000. 158 páginas.**

El ensayo de Mónica Bueno es producto de un dilatado proceso de análisis y

aquilatamiento de un saber sobre la obra macedoniana diseminado en un vasto repertorio de investigaciones y trabajos que lo preceden, y es, sin lugar a dudas, un libro pensado y escrito ‘desde’ y ‘con’ apasionamiento. Apasionamiento de la autora con su objeto, que orienta un tipo de lectura y modula una calidad de voz interesados en describir las aristas pasionales del ‘acontecimiento’ Macedonio, como lo denomina Bueno. En otros términos: un ‘acontecimiento’ de escritura amarrado a la vida, a un modo de concebir y ejercer el oficio de escritor y de intelectual, a las estrategias que monta y despliega Macedonio para diseñarse como sujeto promotor de una poética, de una estética medularmente articulada con una ética.

Hay dos verbos que la autora jerarquiza en la “Introducción”, sustentándose en Nietzsche, desde los cuales anticipa su modo de ingreso y tránsito por los escritos que la apasionan: “rumiar” y “zanjar”. Rumiar, entendido como ese retorno obsesivo a un punto de reflexión cuyas implicaciones, en este caso, quienes conocemos la trayectoria de la autora en ese campo, no hacen sino actualizar la saludable obsesión, la insistencia con la que ha vuelto una y otra vez sobre esa textualidad des-puntándole renovadas interpretaciones. Zanjar, que la argentina emplea en sentido figurado para convertirlo en acción donde el saber, el conocimiento, le sirvan y la cito “para comprender mi propia existencia y la del mundo”. Potenciada su capacidad explicativa, desde este uso, el verbo zanjar resulta emblemático del gesto y la direccionalidad que traza el vector principal del ensayo: ligar el conocimiento con la vida. Me permito, sin embargo, hacer otro uso del verbo zanjar. Si la autora prefiere el que se desvía hacia su poder de figuración, se me ocurre explorar el que sugiere su apego a lo literal. Desde este sentido, el ensayo hace ostensibles otros

relieves: permite ser leído como trayecto que se va configurando desde la apertura de zanjadas.

Creo entrever esta significación en las palabras con que Noé Jitrik se pronuncia en la contracubierta. Allí su voz magisterial enfatiza la facultad iluminadora de la propuesta de Bueno. Facultad constelada por las zanjadas que abre para atreverse a correr con los riesgos de una exégesis que no se asienta en el Macedonio afincado como figura climática de la vanguardia argentina, sino que se dispara hacia el Macedonio finisecular con el propósito de deshilar las procedencias de la imagen de escritor que habría de adquirir contornos precisos a partir de los años veinte. Es este impulso desocultador de los “asuntos relacionados con la transición cultural entre las costumbres del siglo XIX y los arrebatos del XX” o, como lo expresa la autora, indagatorio de “las instancias de diálogo entre lo que fue y lo que vendrá, entre lo aún no acontecido que encierra el Fin de Siglo y la utopía de lo nuevo en la vanguardia”, el que el crítico destaca como seña distintiva de este lúcido estudio, atribuyéndole el carácter de lectura indispensable.

Estimo que en ese movimiento interesado en revisar bajo el impulso de una direccionalidad retrospectiva y desde una voluntad de recomposición genealógica los escritos iniciales de Macedonio, “previos a la constitución de la figura que hoy muchos consideran decisiva en la literatura contemporánea” –como señala Jitrik–, el posicionamiento y la tarea emprendida por Bueno son macedonianos. Así como Macedonio elige colocarse en lugares alternativos, liminales, para trastocar el modelo de escritor de la Argentina moderna, para atacar y violentar la pose de escritor consagrado, la autora no se deja eclipsar por las fulguraciones del vanguardista y prefiere calar zanjadas en direcciones intransitadas, arremeter sobre nuevos atajos.

La imagen de zanja, de atajo que uso ahora metafóricamente para hacer gráfica la travesía formalizadora del ensayo, fija sus mojones. Jerarquizo algunos. Desde la contextualización abarcadora del fin del siglo XIX y en un proceso gradual, Bueno se detiene sucesivamente en la figura social del intelectual, en la Modernidad y sus efectos reorganizadores de la conciencia del yo y la subjetividad, en los vínculos entre Modernidad y Modernismo en América Latina, en la complejidad de la trama con que se procesa la modernización en el subcontinente. Arriba a la Argentina para explorar las relaciones entre Socialismo y Modernismo, analizar el lugar político del arte y la función del artista en la sociedad y afirmarse –muy menudamente– en la exploración de las representaciones de mundo promovidas por los textos del Macedonio finisecular. Son representaciones de mundo que se revelan, en el curso del análisis, nutridas por la experiencia y la cotidianidad, y que se traducen en especulaciones filosóficas y metafísicas, en teorizaciones alimentadas por la vivencia personal y la aspiración de afiliar el arte con lo vivido. Desde estas representaciones de mundo, la autora propicia el desplazamiento y el examen del sentido ético y estético de los escritos macedonianos, la elección de la crónica periodística, el humor y la narración, la poesía como lugar para pensar, la teoría del arte como teoría acerca de la vida.

Estos mojones, apunté, no son los únicos. Se enlazan con otros para concertar una red de lugares de detención edificada sobre la base de un pródigo y convocante elenco de saberes y disciplinas: la filosofía, la crítica literaria, cultural, la teoría del arte, la historia, la sociología, entre otros.

Si, por regulaciones propias del género, el ensayo persigue convencer y seducir, *Macedonio Fernández, un escritor de*

*Fin de Siglo* cumple con ambos propósitos. Convince y persuade a través de la solidez y el rigor de su trama argumentativa. Seduce desde una impostación vocal que, sin desamarrarse de ese rigor pero imprimiéndole, en pautadas dosis, inflexiones delatorias de una subjetividad, que adquiere –muy especialmente en los tramos finales– acentuados matices poéticos, logra el equilibrio entre el apasionamiento y el tributo al objeto de análisis y el apasionamiento y el tributo a un tipo de lectura crítica donde se va tras el saber, buscando fomentar su articulación en diálogo con la vida, como lo hizo Macedonio.

Gabriela Tineo

**Silvia Saïtta: *El escritor en el bosque de ladrillos. Una biografía de Roberto Arlt.* Buenos Aires: Editorial Sudamericana 2000. 325 páginas.**

Esta biografía, acompañada de una exhaustiva bibliografía activa cronológica, rectifica dos leyendas: la creada por Larra en su currículum de 1950 con la imagen de Arlt “el torturado” identificado con sus protagonistas, mostrando, al contrario, una personalidad segura de sí misma, aunque desequilibrada, contradictoria, con dos pasiones fundamentales: la escritura y las mujeres. Saïtta corrige también la mitologización de su propia persona por el mismo Arlt acerca de su nombre y nacimiento y su manía de presentarse como escritor fracasado, no reconocido ni por el público ni por la crítica en su verdadera estatura. Para ella, Arlt es la “nueva figura de intelectual, producto de la masificación y la comercialización de la prensa y de la literatura” (p. 10). Explica la prematura ambición literaria del niño marginalizado de inmigrantes con cultura auto-

didáctica, por su lectura de literatura folletinesca y su moderna intención de ganar mucho dinero como escritor profesional, constituyéndose en el precursor de la literatura comercializada. Pero no pregunta si no había en Arlt el estímulo temprano de expresar y comunicar sus experiencias fantásticas de la gran ciudad. Tal vez por eso su obra se diferencie profundamente de sus lecturas folletinescas (Ponson du Terrail, Salgari), que no por casualidad no eran sus modelos, sino que funcionan como medios masivos formando/deformando a sus protagonistas, y que hasta son “personajes folletinecos” (Rocambolé en *Tres millones*). Saítta no reconoce en este montaje de personajes de ficción y de personajes sacados de otras obras literarias, una técnica vanguardista, intertextual, metaliteraria con el empleo de la puesta en abismo.

La crítica investiga muy bien el devenir de los temas de Arlt en la narrativa y el drama. Destaca su papel de iniciador del periodismo masivo y profesional, investigativo y denunciador, apegado a la realidad urbana, de reportero-descubridor de la delincuencia, de los lupanares, hospitales y manicomios. Así Arlt deviene en el primer novelista urbano de Buenos Aires y de la metrópoli latinoamericana y en el nuevo tipo de reportero-viajero en América Latina y Europa, diferenciándose por sus temas sociales de sus antecesores, ricos señoritos que solo informaban sobre la vida cultural ultramarina. La autora describe detalladamente las relaciones conflictivas de Arlt con Boedo y Florida, Güiraldes, Barletta, Castelnuovo, con el mundillo de editores, redactores, teatristas y críticos, con la izquierda política, su renovación del lenguaje literario y periodístico por su lengua porteña y acento plebeyo. Lamentablemente no dice nada sobre el devenir de su técnica literaria y periodística y poco sobre la literarización

de las fuentes folletinescas, por lo que Arlt, no obstante, es un precursor importante de Manuel Puig y Vargas Llosa.

*Hans-Otto Dill*

**Vera Queiroz: *Hilda Hilst: três leituras*. Rio de Janeiro: Editora Mulheres 2000. 74 páginas.**

A escritora paulista Hilda Hilst (n. 1930) passou anos lutando infrutuosamente contra o esquecimento, o desdém e o silêncio da crítica literária brasileira. Em mais de 40 anos, a autora escreveu poesia, ficção e teatro com resultados notáveis nos três gêneros segundo os poucos críticos que ousaram estudá-la. Formada em direito em São Paulo, Hilda Hilst acolheu em seu sítio perto de Campinas intelectuais perseguidos pelo regime militar —tais como Caio Fernando Abreu (1948-1996)— que prestaram depoimentos comoventes sobre Hilda, a sua casa, a sua biblioteca, as suas dotes de vidente. No entanto, o enigma ficou. Numa das raras entrevistas, Hilda se queixou amargamente: “O que eu escrevi é tão bonito... Eu leio e fico besta. Como é possível eu ter feito uma coisa tão deslumbrante e ninguém compreender?”<sup>1</sup>

Este ano sai afinal uma coleção de três ensaios, dedicada a este *caso* da literatura brasileira, sua flor de obsessão. O primeiro (“O guardião do mundo”) é uma aproximação aos textos eróticos da escritora, o segundo (“Rútilo nada: as margens”) enfoca o tema do homoerotismo e o último (“Hilda Hilst e o cânone”) aborda a posição de Hilda na tradição literária bra-

<sup>1</sup> Bruno Zeni: “A sedução e o sarcasmo de Hilda Hilst: entrevista” em: *CULT* 2 (12), 1998, pp. 6-13.

sileira. A característica comum dos textos de Hilda Hilst é uma poética da radicalidade: o erotismo levado até às últimas consequências e paroxismos coprológicos por um lado e uma rara beleza da linguagem compõem um universo literário maldito pela sociedade e seus porta-vozes. A metáfora última deste universo parece ser o *uroboro*, a serpente que morda a própria cauda: uma metáfora da esterilidade.

A publicação do excelente livrinho de Vera Queiroz vem romper o muro do silêncio em redor de uma escritora singular, marginalizada pelo mundo literário brasileiro. Só nos resta desejar muita sorte a esta louvável iniciativa da *Editores Mulheres*, que talvez nos proporcione novas surpresas daqui por diante.

*Albert von Brunn*